

Un sábado, al regresar del gimnasio, encontré en mi casa al maestro de música, quien informó a mi madre que yo faltaba a las lecciones. Ella quiso ver mi tarjeta de notas, pero yo la había destruido, y se lo declaré así, diciendo a mi madre que deseaba ser boxeador, y no violinista. El maestro me ayudó, afirmando que nunca llegaría a ser gran cosa con el violín. Mi madre se mostró razonable, manifestando que si alguno de nosotros deseaba ser algo en el mundo, ella trabajaría para que lo fuera, como había enviado a mi hermana Eulalia a una escuela especial en Birmingham, aunque sin grandes resultados.

Obtuve una solicitud para participar en el torneo de los Guantes de Oro, pero no la llené. Un día, al regresar a casa, mi madre la tenía en la mano y me preguntó: "Joe, no vas a hacer nada acerca de esto?" Yo entonces la llené y envié,

y así fué como comencé.

Mi madre me hizo continuar entrenándome y en noviembre de 1932 o principios de 1933 realicé mi primer encuentro como aficionado, en el Edison Athletic Club. Yo pesaba en aquel entonces alrededor de 168 libras, y me eligieron como contrincante de un muchacho blanco llamado Johnnie Miller. Este era boxeador desde hacía varios años, en tanto que yo era enteramente nuevo en el oficio. Miller poseía un par de títulos conquistados en torneos de aficionados, y había participado en la Olimpiada de Los Angeles. Yo no logré pegarle ni un buen golpe. Me derribó siete veces en dos rounds, más de lo que cualquiera otro logró hacer después. Me tuvo confundido todo el tiempo, y cuando me dirigía hacia mi casa aquella noche me sentía humillado y deprimido. Había obtenido un cheque de siete dólares por la pelea, que di a mi madre.

Ella me apoyó en esta oportunidad, diciéndome: "Joe, si deseas seguir con el boxeo, puedes hacerlo. Si eso es lo que quieres hacer, yo trabajaré para que lo realices." Pero mi padastro no creía que yo pudiera avanzar mucho en el pugilismo. Se mostró amable en esto. Sus palabras eran las de un padre, empero, y mi madre tuvo que acatarlas. Yo obtuve trabajo en el edificio "B" de la fábrica Ford en River Rouge, y estuve lejos del ring durante seis o siete meses. Luego me inscribí para los Guantes de Oro, en la sección de novicios. Mi madre aprobó esto. Todavía estoy ausente con permiso del edificio "B" Hace unas semanas vi a Henry Ford II y le recordé que yo nunca había renunciado de su empresa. Mi tarjeta de obrero está todavía allí.

(Continuará)

TARJETAS

Por BROMERAL

EL OASIS

En una tarde, de esas que apasionan y clavan en el corazón la espina del dolor de la existencia, mientras hojeaba las páginas de la revista SEMANA, que dignamente dirige el simpático y amable poeta y literato Don Manuel López Flores, me consolaba leyendo sus interesantes artículos. Aquello fué como el oasis de mi vida, "planta crecida al sol, teme al invierno, y, además, de la casa que está fría, huye de espanto hasta el amor más tierno", que diría el poeta De Jesús.

LOS ROMANTICOS

Porque, ¿quién se acuerda de este pobre obrero de la pluma, ya casi sepultado en la gleba del olvi-

do por aquellos que no supieron amar lo bello, ni embellecer el amor? Yo pertenezco a la progenie de los llamados "románticos", unos caballeros andantes y aventureros por los campos de Montiel, perseguidores del Ideal y forjadores contumaces de lo inconcebible, que marchan al compás del hambre y de la ilusión.

BANCARROTA MORAL

Por ser idealista, yo soy enemigo acérrimo del que se encharca en el limo hediondo del materialismo, sin dejar de ser realista, estatua muda de la bancarrota moral, figura representativa de todas las opresiones sentimentales. ¿Qué sería entonces del mundo sin ilusión? Amar lo bello es ser un iluso, poseer un alma de artista y ser, al mismo

tiempo, vida y pasión, fundamento del bien querer que es la poesía confirmada en estos bellos pensamientos de Bécquer:

"No digáis que agotado su tesoro, de asuntos falta, enmudeció la lira:

Mientras las ondas de la luz, al beso palpiten encendidas;

Mientras el sol las desgarradas nubes, de fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve, perfume y armonías;

Mientras la humanidad avance sin que sepa do camina;

Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía.

Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran; Mientras haya una boca suspirando a la que suspira, siempre habrá poesía..."